

Notas y comentarios

Migración interna y desarrollo económico: tres etapas*

Crescencio Ruiz Chiapetto**

En estas notas trato de relacionar los estudios de migración interna con las modalidades del desarrollo económico del país. Los innumerables trabajos que se han elaborado sobre migración, y los cambios drásticos de la economía mexicana, lo menos que me piden es presentar el tema con cautela. Por esto, menciono los tópicos estudiados y no los nombres de sus autores, para evitar injusticias cometidas por falta de memoria o falta de lecturas.

Para comentar los cambios en los estilos de la investigación sobre migración, y luego relacionarlos con las formas que ha adoptado la economía en nuestro país, considero tres criterios y tres etapas. Como criterios utilizo: 1) las modalidades del desarrollo económico en las últimas décadas; 2) las disciplinas, ideologías o preferencias de quienes han tenido como quehacer el estudio de las migraciones; 3) lo generoso o precario que ha sido el financiamiento para quienes realizan estos trabajos. Y con el riesgo que significa dividir en periodos la investigación sobre migración y desarrollo en México, propongo tres etapas: la primera, bajo la influencia de la literatura norteamericana que procuraba probar hipótesis sencillas a base de instrumental estadístico más o menos sofisticado; la segunda, en la que el llamado enfoque histórico estructural trastocó las visiones tradicionales de la migración, y, finalmente, los años de crisis, que nos hacen pensar en nuevas hipótesis para explicar el comportamiento de la movilidad de la población.

Criterios

Modalidades en el desarrollo económico

La economía mexicana en los últimos 50 años tiene etapas clara-

* 1er. Seminario sobre migración y etnicidad en Oaxaca, 25 y 26 de octubre de 1990, Oaxaca, Oax.

** Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

mente definidas. De 1940 a 1970 experimentó un crecimiento económico sostenido, con una tasa de cambio fija y con una tasa de inflación mínima. Este periodo dio lugar a que en los años sesenta se le describiera como modelo de "desarrollo estabilizador" o de manera elogiosa se hablara del "milagro mexicano". De 1970 a 1982 la economía tuvo un crecimiento disperejo, los precios fueron menos estables y hubo soltura en el gasto público; luego vino una ruptura abrupta, después del auge petrolero, que dejó al país con el peso de la gran deuda externa. De 1982 a 1988 la caída en los precios internacionales del petróleo, los intereses del principal, la tasa de inflación muy alta, la disminución sustancial en los salarios reales y las restricciones en el gasto público fueron las características de la mayor crisis conocida por nuestra sociedad en los últimos 50 años. A partir de la última etapa del decenio de 1980, especialmente de 1988 a la fecha, hay algunos factores que anuncian lo que se ha dado en llamar modelo de "desarrollo neoliberal". Estabilización de precios, apertura de la economía a la inversión extranjera y privatización de empresas paraestatales son el inicio de las negociaciones de un área de libre comercio, que responde a las siglas de TLC, y que unos ven como promesa y otros como amenaza.

Disciplinas y temas de estudio

Con los años, pensar en disciplinas autónomas cuando se estudia migración es anacrónico. Los trabajos tienen, hoy por hoy, parejas en sus intereses de análisis: sociodemografía, aspectos económicos y demográficos, cambios sociopolíticos por las migraciones en las comunidades, etcétera. Separar los temas de cada disciplina resulta sólo un ejercicio escolar. Eso es lo que hago en este inciso.

Los sociólogos son, sin duda, quienes nos han enseñado más sobre el fenómeno de la migración. En su momento, los temas de movilidad social, de la inserción de los migrantes en el mercado de trabajo y de sus condiciones de vida (empleo, salud y vivienda) nos mostraron hallazgos no esperados. Tuvieron el valor y la suerte de llevar a cabo grandes encuestas en instituciones universitarias.

De los demógrafos hemos aprendido a tener cuidado en el manejo de los datos. Ellos nos han indicado, con rigor, los alcances y límites en la medición de la movilidad de la población. Modelos y métodos de estimación siguen avanzando en esa disciplina.

La antropología llegó con timidez al estudio de la migración (las marías en la ciudad de México), pero con el tiempo ha tomado carta de ciudadanía. Las familias y las comunidades, con los años,

se convirtieron en las unidades de análisis por excelencia en la investigación de las migraciones.

Los economistas apenas han rascado en el estudio de las migraciones. El equilibrio entre regiones, el efecto de la movilidad demográfica por las condiciones económicas (factores de rechazo y atracción) y la racionalidad del migrante han sido apenas lunares en este tema de trabajo.

Hubo alguna vez estudios sobre los migrantes y sus aspiraciones políticas; hubo también análisis de historias autobiográficas, pero siguen siendo sociólogos, demógrafos y antropólogos los que nos permiten conocer, con un mínimo de profundidad, el fenómeno de la migración.

Recursos financieros para la investigación

Todos sabemos que los recursos financieros y los estilos, y los alcances de la investigación van de la mano; pero no siempre como compañeros escogidos. La mayoría de las veces el financiamiento y los intereses de la investigación, a manera de las discusiones matrimoniales, están en desacuerdo. El estudio de la migración es un ejemplo de esta pareja.

En los años sesenta, la relación entre financiamiento e investigación fue ideal. Las fundaciones externas y el gobierno federal fueron generosos y permitieron la elaboración de proyectos costosos de largo plazo. Las instituciones académicas produjeron información y la analizaron sin premura y con creatividad.

La investigación en la década de los años setenta tuvo el apoyo de fondos gubernamentales. En esos años, las nuevas preguntas sobre migración, y el despertar de algunos elementos teóricos de la economía política llenaron revistas y libros con polémicas interminables. La herencia de ese decenio fueron los marcos teóricos que iniciaban todo trabajo, las reflexiones teórico-metodológicas y, en menor grado, los nuevos tipos de migración que se encontraron en la investigación.

La crisis de los años ochenta ha alejado a la pareja financiamiento-investigación, al punto que dan la apariencia de estar divorciados; en lo que se refiere a la migración, esta separación es marcada. Como los fondos se destinan a ecología, mujer, pobreza, envejecimiento, etc., los pocos proyectos sobre movilidad de la población tienen que ser baratos y breves. Quizá ésta sea la razón de que en nuestros días, las investigaciones sobre migración parezcan reducirse a estudios de caso, y los pioneros en el tema hayan desertado a tópicos menos ingratos.

Etapas

Migración y desarrollo: nosotros los viejos

Al terminar el periodo de lo que se da en llamar “modelo de desarrollo estabilizador”, sociólogos, demógrafos y urbanistas se preocuparon por las consecuencias que ese modelo económico había provocado en el crecimiento y concentración de la población.

En esos años —los sesenta— los economistas consideraban la migración como una necesidad del crecimiento económico. A base de un modelo dual de desarrollo, suponían que la oferta excedente de trabajo en la agricultura podía ser motor del progreso industrial. El sector rural estaba destinado a producir bienes baratos y trabajadores para las ciudades, y ser fuente de divisas por los productos de exportación. Los campesinos que migraban a la ciudad aumentaban su productividad marginal, y llevaban con ellos los bienes que los alimentaban en el campo donde su productividad era semejante a cero.

Esta interpretación del desarrollo fue una de las primeras que introdujo, de manera sistemática, elementos de teoría económica, e ilustró con datos confiables el camino que había seguido la economía del país. Nos mostró la importancia que tuvo la movilidad de la población en esos pasos hacia la industrialización.

Quizá haya sido el optimismo con el que se veía a la migración en ese tipo de trabajos, o el uso de términos de teoría microeconómica lo que alejó a sociólogos y demógrafos de su lectura. Para los sociólogos, las grandes ciudades de Hispanoamérica se presentaban como escenarios de crisis urbana inminente. Los asentamientos humanos llamados fabelas, villas miserias, cinturones de pobreza, barriadas, etc. fueron temas de hipótesis que suponían grandes diferencias entre los nativos y los migrantes en una ciudad. Las dificultades en la asimilación y movilidad social de los migrantes los obligaría a refugiarse en el pequeño comercio o en los servicios de carácter informal; conceptos como el de sobreterciarización o marginalidad fueron comunes en esos años.

En México, dos tríadas de la investigación en sociología de la migración encontraron fenómenos inesperados en un par de metrópolis (Monterrey y ciudad de México). La movilidad social de los migrantes superaba con frecuencia la de los nativos, y la terciarización quedó en duda al detectar una gran demanda de migrantes en el sector industrial.

Demógrafos y urbanistas estudiaron ciudades y entidades a base de datos censales. Se encargaron de medir —y en menor medida, explicar— la movilidad de la población en distintas escalas geo-

gráficas. Lo laborioso e ingrato de esos trabajos sólo puede compararse a lo aburrido que es la lectura de ellos, pero son, y seguirán siendo, referencia obligatoria de todo estudio sobre migración.

Una antropóloga, cuyo lenguaje es claro, en nada parecido a nuestra monotonía, nos enseñó que la migración no sólo eran problemas macrosociales o manejo de datos. Leyendo su trabajo, los aspectos familiares, personales y circunstanciales comenzaron a formar parte de la cultura en la investigación sobre migración.

Fuentes de información e instrumentos de análisis fueron de corte clásico en estos estudios: censos y encuestas permitieron desglosar las historias de vida a los sociólogos, medir la migración recomendada por Naciones Unidas a los demógrafos, y analizar la regresión múltiple para quienes querían asociar la migración con variables socioeconómicas.

Estas investigaciones (laboriosas, lentas y costosas) pudieron hacerse con fondos generosos y pacientes: los de la Banca Central, para economistas; los de fundaciones externas, para sociólogos, y los de la academia, para demógrafos y antropólogos.

Los hallazgos contrarios a las hipótesis que podrían esperarse según la teoría tradicional, mostraron una cara positiva de la migración en lo económico, en lo social e incluso en el comportamiento político, que pudiera explicarse por las condiciones del desarrollo económico del país. En aquellos años, el ritmo de crecimiento económico —mayor al demográfico—, probablemente haya sido la razón para que las opiniones pesimistas de la migración que de países como el nuestro tenían los países industrializados, no se cumplieran.

Al comenzar la década de los setenta, los investigadores de la migración tenían más preguntas que respuestas: conocer al migrante en su región de origen; saber por qué en cierta comunidad algunos migran y otros no; medir las consecuencias de la migración en los lugares de expulsión, etcétera. La respuesta a estas preguntas se esperaba por la promesa de un nuevo camino en la investigación: el método histórico estructural.

Migración y los años de tragedia en el desarrollo económico: la generación del 68

El estilo de desarrollo económico del periodo 1970-1982 ha recibido, con frecuencia, el nombre de docena trágica. No sé si el adjetivo responda a sus consecuencias (deuda externa), o a la serie de contradicciones en las medidas de la política económica en ese periodo.

Cuando comenzaron los años setenta, los gobernantes de nuestro país consideraron que el modelo de desarrollo estabilizador se había agotado pues no había obtenido los frutos esperados, y la enorme desigualdad social no sólo mostraba injusticias, sino también creaba preocupaciones políticas. Echeverría (1970-1976) propuso un "desarrollo compartido", que buscaba intensificar la acumulación de capital, procurar la independencia nacional y luchar por más justicia social. Con el tiempo estos objetivos resultaron incompatibles. Para satisfacer las demandas populares, sin modificar la estructura de la producción, un gasto público extraordinario e ineficiente dio lugar a más inflación y al aumento de la deuda externa.

Durante los últimos años del sexenio de López Portillo (1976-1982) el auge petrolero dio lugar a un optimismo desbordante, pero las ventajas aparentes (facilidad de crédito externo y sobrevaluación del peso), provocaron un aumento en los precios y una gran fuga de capitales, lo que acabó con el optimismo de manera abrupta. Una deuda externa agobiante fue la herencia recibida en los años ochenta.

Para el gremio universitario —profesores e investigadores— estos años fueron de gran contradicción. Por una parte, los recuerdos amargos de la masacre de Tlatelolco y la represión de los halcones provocaron un distanciamiento, que aún parece insalvable, entre el gobierno y la universidad. Por otra, el gobierno federal fue generoso en salarios y fondos para la investigación. La sobrevaluación del peso nos permitió conocer algunas playas, y hasta hacer uno o más viajes a un país extranjero. En la investigación se produjeron libros y revistas en forma autónoma como pocas veces.

Estas contradicciones lograron que los estudiosos de las ciencias sociales revivieran lecturas de la economía política y se emanciparan de la lectura anglosajona. Con los años sus trabajos nos pueden parecer escolásticos, pero en su momento el rigor de algunos de ellos nos entusiasmaron.

En la investigación de la migración, un artículo que hablaba de factores de estancamiento y de cambio se convirtió en un clásico, citado hasta el hartazgo en los trabajos sobre el tema. Por entonces las nuevas preguntas sobre la movilidad de la población despertaron polémicas cuando buscaban explicar las consecuencias que acarrea esta en los lugares de origen, y levantaban discusiones de carácter metodológico cuando trataban de definir las unidades de análisis adecuadas para su estudio en las grandes ciudades.

Cuando se habló de la migración de los trabajadores agrícolas,

una dicotomía abarcó el espectro de la polémica: campesinización vs. descampesinización. Aunque hubo estudios novedosos relacionando a la migración con un modelo de acumulación originaria, la mayoría de las veces la investigación que insistía que el fenómeno migratorio era una forma de introducción del capitalismo en el campo, o la que abogaba por la persistencia de un precapitalismo en el campesinado, ocupó el espacio de libros y revistas. Al final, la migración temporal fue el mecanismo para apoyar a los campesinistas.

Por su lado, los especialistas de la migración en las áreas urbanas nos dijeron que, en el momento en que ésta se estudia en las familias y no en los individuos, la diferencia entre nativos y migrantes pierde sentido, pues son los miembros del grupo familiar (indiferentemente de su condición migratoria) los que nos indican cuáles son sus estrategias de sobrevivencia.

En esos años, los demógrafos fueron poco escuchados; a su trabajo, que la mayoría de las veces lo presentaban con timidez, se le veía mecánico y poco provechoso. El análisis cualitativo imperaba sobre el cuantitativo.

Para un aficionado al estudio de la migración, como es mi caso, esos años fueron poco alentadores. Las teorías relegaron a segundo término la importancia de ese fenómeno, el que en el mejor de los casos era un mero instrumento para el funcionamiento de una estructura productiva de comunidades y regiones. En el aspecto metodológico, el migrante era sólo una etiqueta en la integración del grupo familiar. Para ese aficionado, el desdén por los datos y métodos demográficos, sólo fue un ensueño donde teoría y realidad no tenían que ir de la mano, y en el que el despertar fue la pesadilla de los años de crisis.

Pero hay una herencia positiva que nos dejaron esos años. La soltura del gasto público ejercida en ese periodo, dejó que algunos organizadores de la academia fundaran e institucionalizaran centros de investigación en el interior del país, que hoy por hoy son los que nos enseñan el tema de la migración.

Migración y los años de crisis: los investigadores jóvenes

Parafraseando la jerga del beisbol, la crisis de los años ochenta nos tomó como al corredor fuera de base, en un tira y tira entre la inflación y la caída de nuestros salarios; seguimos aún sin saber si estamos o no fuera de juego.

De la Madrid heredó en su administración (1982-1988) el peso agobiante de la deuda externa; el pago de sus intereses se reflejó

en tasas de cambio desfavorables al peso, en inflación que llegó a los tres dígitos, en la restricción del gasto público (especialmente el dedicado al desarrollo social), y en la caída sustancial de los salarios reales, lo que condujo al sector académico a buscar trabajos de investigación extra para conseguir un ingreso de sobrevivencia.

En estas circunstancias, temas como la migración, que requieren de un trabajo paciente y laborioso, y son poco remunerados significaban un costo de oportunidad muy alto. La mayoría tuvo que desempeñar trabajo adicional para pasar estos años. No es extraño entonces que sólo los investigadores jóvenes mantuvieran el ánimo para seguir estudiando la migración.

Como los fondos para la investigación son escasos, cuando no nulos, los estudios sobre migración tienen que ser baratos y no muy largos, y como la influencia de los marcos teóricos macro-sociales de los años setenta continúan hasta nuestros días, los trabajos sobre movilidad de la población las más de las veces son "estudios de caso" precedidos por un marco teórico general que poco o nada tiene que ver con los fenómenos concretos analizados. Pero esta incongruencia metodológica no disminuye su valor; los hallazgos de algunos de esos estudios han dado respuestas parciales a preguntas que estaban sin contestar.

Una de las herencias positivas de los años setenta —como dije antes— fue el apoyo a centros de investigación en el interior del país, que se dedicaron a estudiar las comunidades, ciudades y regiones donde estaban localizados, y aprovecharon esta ventaja comparativa para hacer estudios de caso más sólidos, que los elaborados por investigadores de la ciudad de México.

Aunque son numerosos esos estudios de migración, su difusión, salvo excepciones, es insuficiente. Por esta razón, los comentarios que hago de algunos de sus hallazgos deben tomarse como ejemplo, pues sería injusto decir que son los más sobresalientes, ya que no conozco la mayor parte de esas investigaciones.¹

En la Universidad de Guadalajara, un grupo de investigadores —economistas y demógrafos— ha hecho el seguimiento de los patrones migratorios de la región Occidente de México, en los últimos 12 años. Sus primeros estudios mostraron que las ciudades secundarias atraían la población de su área de influencia, pero que esto no impedía el crecimiento demográfico intenso de la zona metropolitana de Guadalajara. Después de varios trabajos, en años recientes encontraron que ese patrón de migración co-

¹ No incluí en mis ejemplos los centros de investigación que tienen capacidad de difundir su trabajo periódicamente en sus revistas.

menzaba a manifestar cambios. El crecimiento de la población de la zona metropolitana perdía fuerza, y las ciudades medias crecían a más velocidad que la metrópoli. Quizá un sesgo personal me hace pensar que esos primeros resultados están por comprobar —aunque sea de manera fragmentaria— la teoría de la transición urbana.

Un equipo de sociólogos en la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca ha prestado atención especial a la relación entre migración interna y migración internacional. El investigador que en otro tiempo hablaba como el bautista para convencer a los demógrafos de que la concepción de población cerrada era sumamente limitada debido a la migración internacional, puede estar contento; ésta ha tomado carta de ciudadanía en los estudios sobre la movilidad de la población.

En los estudios de caso, ese grupo de investigadores encontró que la migración interna e internacional se presentan en la misma comunidad y parecen estar relacionadas con los contactos que tienen los migrantes en los lugares de destino. También hallaron que algunas comunidades han mejorado sus condiciones de vida gracias a las divisas que envían los migrantes. Los habitantes de esas pequeñas localidades esperan que, si continúa el fenómeno migratorio, puedan salir de su miseria ancestral.

Estos pocos ejemplos son indicio de nuevas modalidades en el estudio de la migración. Los grandes aparatos teóricos y metodológicos que dominaron en los años setenta, poco a poco disminuyen su influencia, y volvemos a leer trabajos modestos con gran contenido empírico.

El presidente Salinas, en la presente administración (1988-1994), continúa con el pacto para la estabilidad y el crecimiento económico, y de 1989 a 1991 ha logrado que repunte la economía. El producto interno bruto aumentó entre 3 y 4%, la inflación bajó de 40 a 18%, se estabilizó el tipo de cambio y se sanearon las finanzas públicas. Durante su gestión, el pago por los intereses de la deuda ha disminuido. Esto ha permitido dar de nuevo prioridad al gasto social (educación, salud, pobreza, etc.), con el Programa Nacional de Solidaridad.

Al mismo tiempo se redujeron las empresas paraestatales (aerolíneas, teléfonos y sistema bancario), y se abrió la economía al exterior: apoyo a la inversión extranjera directa, y negociaciones para un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. En 1991 envió al Congreso de la Unión una iniciativa para reformar el artículo 27 Constitucional.

Los beneficios de estos cambios para el sector académico no son claros. Hay un apoyo económico selectivo e incierto que va

desde estímulos académicos (lo que algunos colegas llaman "pilones"), a la investidura de investigador nacional o a la tipificación de pertenecer o no a una institución académica de excelencia. La investigación se ha convertido en trabajo a destajo, en el que la cantidad de estudios publicados cuenta, al parecer, más que su calidad. En estas circunstancias, detenerse a pensar o dedicar horas a leer con tranquilidad para sustentar la investigación es un lujo; escribir y publicar mucho y pronto son hoy por hoy las prioridades del académico.

No sé qué tipo de investigación se hará sobre migración en los años por venir. Puedo pensar que los grandes cambios en la política-económica modificarán los horizontes urbano y rural del país, y que por eso habrá grandes variaciones en los patrones de migración. De ser así, los estudios de caso dirán cada día menos, pues la migración habrá de estudiarse a escalas geográficas más amplias (ciudades, regiones o país). Pero, para hacer este tipo de investigaciones será necesario un financiamiento mucho mayor del que se tiene actualmente.

Cabe preguntarse si, en algún momento, la importancia y las necesidades de la investigación influirán en los fondos económicos para realizarla, sin que estén supeditadas a lo que las agencias financieras consideren temas prioritarios.